

CLAMORES DE UNA RAZA

No la voz prepotente de “muera el mal gobierno,” que lanzaran las chusmas indias al escuchar las electrificadoras frases del anciano heroico de Dolores; no el estoico “encarceladme, porque procuraré hacer lo mismo con vos,” del imasible Juárez (encarnación de la raza india), al ser invitado al golpe de Estado por el débil Comonfort; no el “ni mido el peligro ni cuento el número,” del heroico “Chato,” legítimo ejemplar de la raza india al contemplar frente al Fortín, las brillantes divisiones de la invasión tripartita; no, nada que espeluzne por lo amenazante, ni imponga y sobrecoja por lo terrible. El clamoreo de hoy es el de una raza, pero el de una raza degenerada y sin fuerza, el de una raza que alza su voz sin entereza, para pedir pan, para impetrar limosna y mendigar un mendrugo negro que calme su devoradora hambre. . . .

Así lo vemos a diario en esta ciudad y en todos los centros poblados cercanos a la Sierra Michoacana, donde pululan hordas de infelices ta-

rascos, pidiendo algo que llevar a su estómago vacío, recogiendo espigas que los implementos modernos de engavillar apenas dejan en los campos de trigo, o vendiendo frutas raquílicas y escasas de las que producen los pequeños solares en que formaron sus cabañas....

Cuadro triste por cierto y muy amargo es el que presentan esos desgraciados seres que, cuando fueron dueños de sus selvas vírgenes, jamás imploraron caridad ni importunaron al mestizo, ni mendigaron pan, sino que se consideraron felices en medio de su idiosincracia y con la propiedad valiosa que el "progreso fatal" les arrancara.

Pero vendieron sus montes. La sórdida ambición del dinero los fascinó. El halago del industrial los sedujo, y la fuerza incontrastable del Gobierno los obligó a ceder cuando, engréidos con su herencia y temerosos de perderlo todo, rehusaron a entregar la codiciada presa de sus tupidos arbolados, a las compañías que hoy talan esas selvas hermosas y pobladas de arrullos, vivificantes y ricas, misteriosas y fecundas....

¡Pobre raza!; la ambición yanqui la hostiliza hoy, porque está abandonada, porque ya no tiene defensores en sus buenos hijos, porque éstos han sido echados de la Representación Nacional, y porque el paternal gobierno del Sr. Gral. Díaz no se ha preocupado del progreso de esa heroica casta; porque el gobierno de los Estados donde hay indios, no los ilustra, y porque de consuno,

gobernantes e industriales sólo quieren aprovechar las hercúleas fuerzas del ilota, en brutales trabajos, y sacar de sus bosques la rica mina que contienen en fuertes filamentos y resistentes bloques.

Pronto, pues, tendremos en Michoacán casos análogos a los de Yucatán y Sonora; pues los tarascos, que en grande escala pueblan el Estado de Ocampo, están ya en la miseria más espantosa, y empiezan a desbandarse por los centros poblados en busca de alimentos, que, no pudiendo arrancar al trabajo, impetran de la filantropía; y no obteniéndolo de ésta, porque los tiempos no están para ello, se los procurarán con el robo; y como éste se castiga aquí en Michoacán con la pena de muerte (aun en simples casos de abigeato), se alzarán de seguro patíbulos por todas partes, o veremos grandes trenes que, pletóricos de indígenas, partan a las Colonias de Quintana Roo, a las Islas Marías o al Valle Nacional. . . .

Las causas que pueden llevar a la raza de tarascos a ese extremo, las conocemos nosotros a fondo, y pronto conmoveremos a la sociedad, narrándole, en una serie de artículos, los oficios del actual Gobierno del Estado, en la ruina de esos infelices indígenas que vagan harapientos por esos mundos de Dios, clamando envilecidos una limosna y aceptando resignados la ignominia de su miseria.